INDICE DE EXPOSICIONES

La basílica de Aránzazu y el concurso de proyectos

He aquí las acertadas palabras que pone Fray Pedro de Anasagasti en el prólogo al catálogo de proyectos de la basílica de Aránzazu exhibidos en las salas de la Dirección General de Bellas Artes: «Aránzazu no ha soñado siquiera en coartar la más atrevida inspiración. Las condiciones del concurso no exigen labor de pincel, sino que abren posibilidades a la escultura, al hierro forjado, al mosaico, a los artísticos juegos de luces, a soluciones mixtas variadísimas. La arrolladora actualidad del santuario de Aránzazu, la majestuosidad de su escenario natural, la emotiva corriente humana de sus miles de peregrinos, la serenidad de su culto tradicional, el clima sobrenatural de su ambiente y, sobre todo, el marco impresionante de su fenomenal ábside han sugestionado a muchos artistas y les ha incitado a ofrecer sus creaciones a fin de decorar uno de los templos que han de ofrecer mayor resonancia artística y espiritual al mundo cristiano...»

Y sobre esta base de libertad, que ha sido casi siempre guión artístico de la Iglesia, el conjunto de proyectos expuestos constituye un alarde de originalidad y de ese atrevimiento —buen atrevimiento— que tanta falta hace a nuestra actual arquitectura. Suficientes e interesantes son los proyectos presentados; ninguno de ellos se halla en el temido lugar común, tan fácil de realizar, y todos ellos en nada se parecen, por fortuna, a la basílica de Covadonga. Tienen presente el escenario natural en el cual va a «vivir» la basílica, y a esa línea —fundamental— están sometidos los proyectos, aunque unos y otros la desarrollen de muy diferente manera. El ganador —Lucio Muñoz— es quien acaso haya «sentido» más la roca exterior para el pensamiento plástico e interior formando un todo de unidad que complementa y une el recogimiento del recinto con la contextura exterior, formando un todo armónico, pero de una armonía salvaje, wagneriana, donde los colores, bajo un signo monocorde, oscuro y sordo, sólo se abren para dejar en la escena la imagen blanca de la Virgen.

Pero el recorrido es por demás interesante, ya que hay otros proyectos que igual hubieran merecido ganar el premio y, sobre todo, la labor de forjadores, mosaístas, escultores, fresquistas, cuyas obras figuran como índice en este gran certamen, que es una prueba más del resurgir religioso en la arquitectura, ya en punto de madurez y muy alejado de *pastiches* y de una imaginería de Olot. No en vano nuestros arquitectos y nuestros artistas tienen en el ideal religioso su máximo afán de expresión artística, aunque sobre concep-

ciones muy alejadas del pasado y más acordes con un hondo sentido de vida espiritual, que tan necesario es en el mundo que vivimos, bien propicio a los naufragios y a la desolación.

Albalat

No está lejana la exposición hecha por este artista en el Ateneo y no está lejana nuestra opinión, casi adversa, hacia una pintura que se debatía entre lo figurativo y lo no figurativo, quedando en equilibrio inestable, casi en problema de adivinación de crucigrama, pero siempre salvada por este pintor, que, aunque quisiera, no podría dejar de serlo. Lo demuestra ahora en la sala Fortuny con una bellísima colección de cuadros, donde ya se halla seguro el camino y bien precisada la meta. No en todos —como es lógico— se halla definida la bondad de igual manera; pero en algunos el «nuevo» Albalat demuestra que su obra no era producto de azar o circunstancias ni de propósito de «estar al día», sino producto de una bien meditada situación mental y plástica, y así, el seguir su obra es tarea grata, sabiendo de seguro que Albalat se ha decidido a ver el mundo de las formas en abstracto por necesidad íntima, por imperioso mandato de creación, y eso se aprecia en esta exposición, ya ordenada, sujeta a un canon, y con esa belleza del color y de su sentido que definió Albalat desde la primera vez que vimos sus cuadros.

Espinoza Dueñas

¿Podría hallarse Espinoza Dueñas en parecido caso al de Albalat? Pudiera ser así, y hasta en el mismo lugar, ya que es también el Ateneo el sitio de su exposición. Espinoza Dueñas ha abandonado su expresionismo, en el cual había logrado injertar una buena raíz indígena, y ha seguido caminos de abstracción obligados a formas fluctuantes, que son el final de un deseo comenzado por trabajos en madera grabada, con litografías en negro y blanco, y luego en color, que si bien al paso del tiempo van perdiendo los trágicos perfiles humanos de los que tanto gustaba el pintor, siguen conservando ese tinte dramático acusadamente expresionista que denota que en el fondo del alma del artista nada ha cambiado, sino que sigue igual y fiel a sí mismo. En esa búsqueda, Espinoza Dueñas habrá de encontrar su definitiva expresión, todavía en pausa de ensayos.

Sacult

¿Qué ha sido de los salones de humoristas? ¿De aquellos salones que el día de inauguración salían fotografiados en *Blanco y Negro* con la figura de los reyes y de la infanta Isabel? Los esfuerzos, año tras año, de José Francés han resultado baldíos, ya que ninguno se ha atrevido a seguir el duro sendero de su organización. Allí, no hace mucho tiempo, conocimos la obra de Sacult por vez primera, y ahora la volvemos a ver en la sala de exposiciones sindical con originalidad y con una fuerza expansiva que no detiene su impulso en ningún género, ni en ninguna inspiración, ni en ningún procedimiento. Sacult conserva esa línea que permite en seguida reconocer su firma, lo cual no es empeño fácil en la extensa tarea que se ha impuesto.

Rafols

En la sala Toisón ha expuesto este artista catalán, buen conocedor del oficio, buen retratista y pintor con evidente sensibilidad, que recuerda en muchas de sus obras a Sisquella, con lo que hacemos su elogio; tal sucede en la pincelada como en la «evocación» que hace de la figura de la mujer. El paisaje tiene también en él a un feliz cultivador, y su obra, impregnada de suave —no dulzona— amabilidad mediterránea, posee un atractivo cierto y es buen exponente de una pintura y de un modo de estar ante el mundo de las formas.

La pintura catalana contemporánea

Uno de los fenómenos más interesantes de nuestros días es el renacimiento artístico catalán. Sería difícil negar que en Barcelona se ha gestado y se está gestando una serie de movimientos dentro del abstractismo y del informalismo que cada día adquiere mayor dimensión e importancia no sólo en España, sino fuera de nuestras fronteras. Y esto se debe a ese buen quehacer que el catalán lleva a todo menester; ese interés y preocupación y entrega que hace al fin y meta que se ha propuesto. Y este buen ejemplo, serio trabajo, y la búsqueda constante —pues no siempre se cumple el aforismo picassiano «yo no busco; encuentro»— han dado óptimos resultados en unas generaciones de las que pueden ser paradigmas máximos para nosotros Tapies y Cuixart. Los que seguimos el ritmo de las

exposiciones por buen deber impuesto, vemos que año tras año el artista catalán se impone en la capital y se impone en los certámenes internacionales. Y claro es que este auge cierto viene con tradición y con prólogos magníficos, y de todo ello Juan Eduardo Cirlot se ocupa en un bello volumen de Ediciones Omega, que recoge el espléndido período catalán, que se desarrolla desde la fecha probable de 1890 hasta nuestros días. Cirlot estudia —no refiere— los antecedentes, de los cuales es Nonell figura capital, para seguir con la aparición de Picasso y llegar a esa etapa fundamental que podemos llamar neobarroco (en España es constante el vaivén del barroco) y la posterior reacción hacia la forma... El análisis que merece el grupo «Dels especulatius» —Roig Benet, Mompou— y el llamado «Dels evolucionistes» —Colom, Vila-Puig, Vila-Arrufat—, polos antagónicos en una estética que se amplía y dispersa con el tiempo para enriquecerse en sugerencias, es punto de partida para alcanzar el cenit de Miró y seguir en el surrealismo en Dalí, para estudiar el fenómeno —estupendo fenómeno no comprendido en su dimensión, todavía por falta directa de conocimiento— de Clavé. La síntesis esquemático-fauve «Dau al set», del que puede ser cabeza el malogrado Rogent, forman singular apartado que nos lleva casi inexorablemente a Tapies, Cuixart, Tahharrats o Mier. La aparición de la obra «visionaria» de Puig cierra un repaso por la pintura catalana contemporánea fijada en todos sus términos, doctrinas y proyecciones en este bello volumen, bien enriquecido de fotografías de Juan Carlos Cirlot.

«Tapies»

Coincidente en el tiempo con la aparición del libro anterior, sale a luz del mismo autor *Tapies,* también en edición de Omega y con igual profusión de reproducciones en negro y color. Tapies es pintor de punto y de aparte, y por eso Cirlot le dedica ahora nuevo libro, por entender —al igual que nosotros— que la figura del artista catalán es primordial en la pintura contemporánea universal. Tapies es quien de una manera más sistemática, más ordenada, más «limpia» y más sincera ha ido marcando su evolución desde un magicismo de primera época a una pintura abstracta, que nosotros llamaríamos «superrealista», ya que, como español de ley, Tapies ha llegado a fijar en la tela un mundo real hasta entonces desconocido, haciendo de protagonistas a la grieta de la madera, del muro, y creando un formal informalismo que nunca deja de ser auténticamente «formal». Las obras de Tapies son tragedias con signo de autenticidad: él fué quien puso en la pista a esa cohorte de pintores que en la erosión

volcánica y sus derivados apoyan la posible garra de la pintura. Tapies ha sido quien ha monumentalizado no el informalismo —como asegura Cirlot—, sino el formalismo y hasta el realismo. En la elección está su gran invención y en la impronta feroz, desgarrada y brutal de una pintura que no necesita otra explicación que la de su misma existencia. Y no está de más el recuerdo que hace Cirlot de la frase de Antonin Artaud: «Todo lenguaje verdadero es incomprensible.» Este hermoso volumen, dedicado a figura señera de nuestra pintura actual, lleva como pórtico esta frase de Juan Miró: «La obra de Antonio Tapies está dentro de la tradición de estas explosiones que de tiempo en tiempo se producen en nuestro país y que conmueven tantas cosas muertas...»

La obra de Frank Lloyd Wright

El Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid expone en sus salones la obra del gran arquitecto norteamericano, precursor de tantas ideas en realizaciones que marcan una etapa fundamental en la arquitectura universal. Nuestros arquitectos, que día a día, casi en carrera vertiginosa, van ocupando primer lugar en el mundo, han querido rendir homenaje a la figura de Vright exponiendo maquetas, fotografías y planos de algunas de las realizaciones de quien fué considerado mago de la arquitectura. La Casa Americana ha colaborado en esta exposición oportuna y siempre aleccionadora de quien supo cumplir con eso tan heroico y difícil que es ser innovador y precursor. Nuestra arquitectura, tan felizmente puesta en primera línea, ha hecho un bello y oportuno homenaje.

Montaña

Sería injusto silenciar la presencia de un escultor asturiano que señala caminos para unirse a las nuevas generaciones dentro de un ámbito de ecos italianos contemporáneos, pero con fuerza y raíz propia para marcar en el barro esa huella española inconfundible no sólo por la temática, cuando ésta se dedica al toro, sino por el concepto y expresividad —no expresionismo— logrado en las figuraciones donde el rasgo y «garabato» del volumen, su entraña íntima, está atrapada por este asturiano pétreo, alejado de la ternura lluviosa de los maestros pintores de su región desde Valle a Piñoles... Aquí la escultura parece tallada en medio de una meseta, sin otro límite que el cielo; tal es el afán que encierra de llenar por sí solo todos los espacios posibles.

La última Exposición Nacional. Recuerdo a Mateo Hernández

El buen celo de la Dirección General de Bellas Artes ha logrado que en la Exposición Nacional del presente año se rinda homenaje a uno de los artistas a quien se debía una reparación. Se le debía por la excelencia de su obra, hoy en los mejores museos del mundo, y se le debía por su españolismo. Hablamos de Mateo Hernández, el gran escultor, que vivió en París, retirado en recoleto estudio, aislado del tráfago de cada día y dedicado a una obra escultórica con el sello animalista. Para Mateo Hernández, la figura del animal, sea cual fuere, tenía una atracción especial. En ella encontraba todos los problemas de la estatuaria, tanto en el volumen como en la gracia de la línea. Osos, leopardos o monos eran suficiente pretexto para que ricas y preciosas piedras de lisas superficies recogiesen el pálpito de una anatomía estremecida, que las manos de Mateo Hernández acariciaban cuidadosamente, convirtiendo las estructuras en algo vivo y palpitante, que traducía una existencia prestada por el escultor.

Pero junto a unas representaciones que Mateo Hernández se resistía a vencer, en su silencio y soledad el artista tenía un pensamiento que nadie pudo adivinar, ya que todos, incluso los más allegados, creían que la admiración a su propia obra le impedía desprenderse de ella. La idea que tenía Mateo Hernández se vió a su muerte, cuando en su testamento se leyó que su obra, tan amada, tan duramente conseguida, la legaba íntegra al Estado, es decir, a todos los españoles. Y el Estado, hasta ahora, no ha rendido de una manera justa el homenaje, el signo de gratitud que merecían la obra y gesto de este Mateo Hernández, de mano dura y ardiente corazón. La producción estaba desperdigada y no muy bien cuidada, hasta que el buen tino de Gratiniano Nieto ha logrado que estuviese reunida en un orden magnífico, y de esperar es que en el futuro esa obra ocupe los lugares que le corresponden en los museos y aquellos jardines públicos que por su importancia resalten la obra del gran y generoso artista.

Ante las figuras de estos animales modelados por Mateo Hernández, lo primero que vemos es la huella del amor con que están hechos; la profunda caricia con que se alcanza, escultóricamente, la línea precisa; la curva que traduce armonías, y siempre predomina, más que una adjetivación de fiereza, una calificación de bondad. Ahora sí se puede apreciar y admirar la excelsitud de esta producción,

sin par en el mundo y que honra a la nación que la posee, y más si es uno de sus hijos quien la ha hecho posible tanto en lo creacional como en la fortuna de que sea propiedad de todos los españoles.

☆

Vázquez Díaz tiene otra sala. La Junta de la exposición ha querido sumarse al homenaje que recientemente se le ha tributado, y una breve colección de cuadros, no expuestos en la sala Quixote, donde se le hizo entrega del nombramiento de hijo de Madrid, completan la serie expuesta y demuestran una vez más la potencia de creación de este pintor, que a sus ochenta y un años sigue en pie de guerra artística con renovada fe y con renovada ilusión.

Dos calidades destacan en la vida de Vázquez Díaz: su fidelidad a un modo y una manera que inauguró con su primer lienzo y el acierto de su pedagogía. Este último apartado tiene gran importancia, ya que varias generaciones han sido las que han pasado por su estudio y han recibido de él la mejor enseñanza posible: libertad de expresión y que cada uno aprenda a mirarse a sí mismo, a preocuparse de su forma de ver el mundo formal y a expresarlo según su sentir; Vázquez Díaz nunca ha impuesto un credo estético ni ha obligado a ningún alumno a seguir su concepción plástica. Y gracias a ese buen criterio tenemos hoy que nuestros primeros artistas contemporáneos pudieron ser ellos mismos y no convertirse en discípulos del maestro.

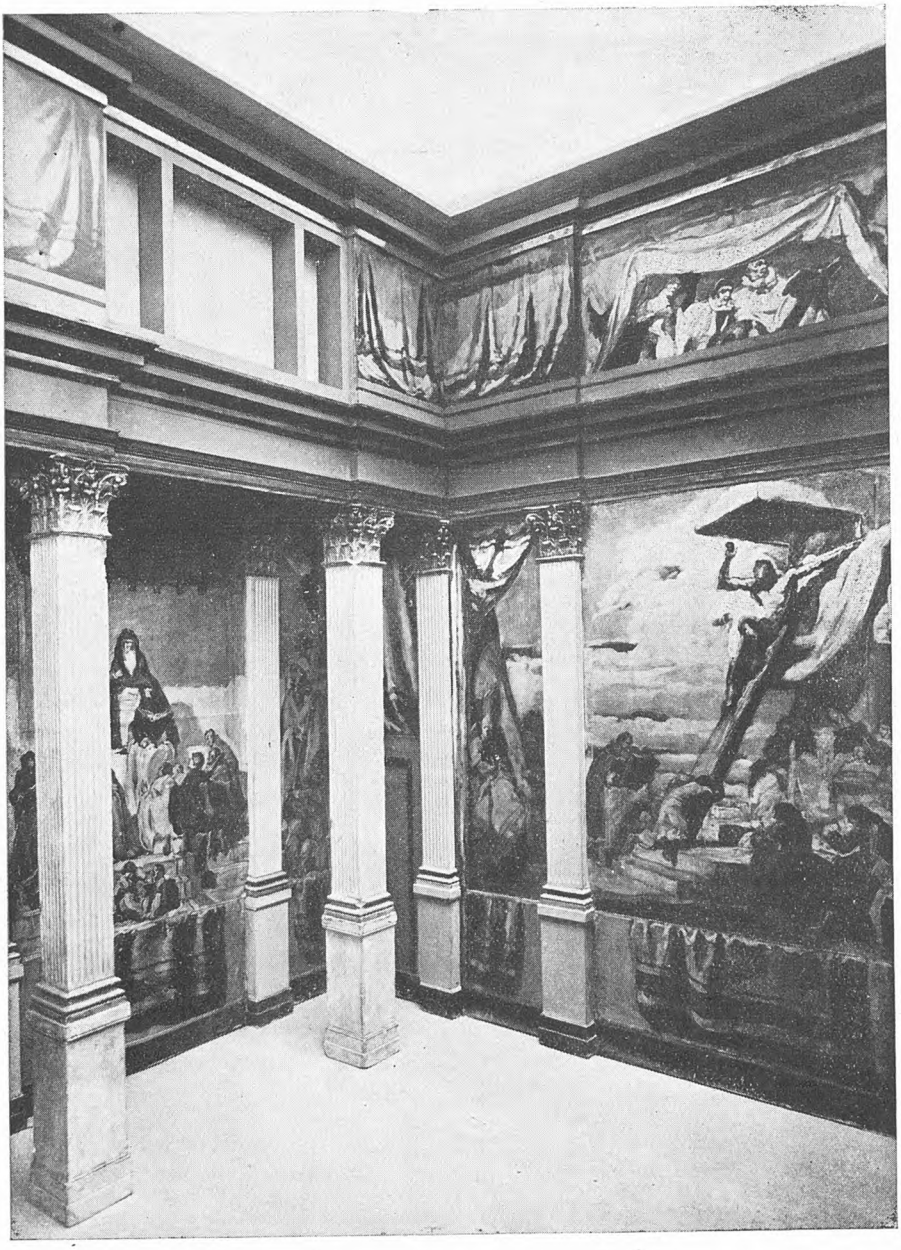
Claro es que esta línea de conducta artística la ha llevado bien clara durante toda su vida Vázquez Díaz, quien no se contagió de sus compañeros en los días de París, cuando compartía estudios y afanes con Picasso y demás corifeos de las nuevas escuelas. El único que influyó con cierto misticismo en su obra acaso fué el callado y melancólico Juan Gris con su cubismo zurbaranesco, con ese cubismo místico y españolísimo, que apuraba términos y colores hasta lograr una expresión casi religiosa. Los objetos de Juan Gris poseen sabor ascético, están hechos con el propósito de alcanzar la belleza suprema; la última expresión de las cosas, su esencia y ánimo. Y ese intento es el que preside parte de la obra de Vázquez Díaz, pintor de la hispanidad, tanto en sus valores humanos y espirituales como en los de los conquistadores, ya que desde los frescos de La Rábida, lo más acabado de su producción, hasta ahora, siempre ha rendido tributo a las figuras señeras de la raza.

En el Casón, el bello edificio que conoció versos del Rey Poeta, endechas de Villamediana y albergó besamanos dieciochescos, ha inaugurado, en su nueva y feliz etapa, la cuarta exposición monográfica, organizada por la Dirección General de Bellas Artes. Es ésta una labor esencial y ejemplar que permite al público de la capital, en el cual forman parte todas las provincias, conocer los tesoros artísticos de España. Fué primero la exposición dedicada a Velázquez, con motivo del centenario de su muerte, la que dió origen a este importante rescate del edificio, a la que siguió la dedicada a Goya, y a éste, la dedicada a Berruguete, y es ahora esta exposición, titulada *Pintura catalana,* que recoge las muestras pictóricas nacidas y desarrolladas en Cataluña desde la prehistoria hasta nuestros días, la que hace el número cuatro, ya en camino de tradición.

¡Qué bello paseo el que ofrecen estas salas del Casón, que brindan una historia capital de la pintura española y europea de todos los tiempos! Desde el mosaico con la escena del sacrificio de Ifigenia, descubierto en Ampurias, de época romana y que reproduce un cuadro del pintor griego Timates, hasta la pintura de Tapies, más cercana a la prehistoria que a sus contemporáneos, una larga teoría plástica se brinda para seguir una evolución que tiene en el fondo una constante que define a través de los tiempos a esta pintura catalana, tan entrañable, tan mediterránea.

Nuestra preferencia en esta exposición se inclina por la pintura románica y gótica. Somos en nuestras visitas a Barcelona devotos asistentes al museo Románico y a ese museo sin par que debemos al mecenazgo de Federico Mares. En este certamen, en restricción que es obligada, nos encontramos con las muestras —fotográficas— de las pintura de la catedral de Egara, con signos clásicos —carolingios— que enlazan con las pinturas de Campdevanol, la iglesia arruinada, cuyas pinturas son ejemplo del arte prerrománico, difíciles de igualar. De estos puntos de partida —esenciales— podemos seguir en el itinerario las pinturas de Pedret, de las cuales se nos exhiben fragmentos de ábside principal, que ha prestado el museo diocesano de Solsona... Los tramos de bóveda, obra del círculo del maestro de Polinye —siglo XII—, con la Circuncisión, el Señor con los signos de los evangelistas, y la Asunción... Pueden ser también jalones dedicados a San Miguel Arcángel, del maestro de Lluca, y un fragmento de la decoración del muro sur de una sala del palacio de la calle de Montcada, de Barcelona, que reproduce el campamento del rey Jaime I y el asalto a Palma de Mallorca. El cordero apocalíptico con siete ojos, la decoración mural del antiguo monasterio

Pintura catalana en el Casón.



Pintura catalana en el Casón. JOSÉ MARÍA SERT.

benedictino de Burgal, el frontal procedente de Cardet, piezas, con las anteriores, procedentes de la provincia de Lérida, forman parte de un conjunto excepcional, ya que la selección hecha permite seguir la evolución románica hasta la llegada del gótico, dentro de cuyo estilo florecen ya obras de Pere Vall, Ferrer Bassa, Ramón de Mur, Arnáu, Bassa, Ramón Destorrets, Pere Serra, Gener, Jaume Cacrera, Joan Mates, Lluis Borrasa, Francés Serra, etc., que es magnífico pórtico para entrar en las salas dedicadas a la pintura renacentista, barroca y neoclásica, donde Cataluña ocupa lugar primero, ya que las corrientes de la pintura europea —como en el XX— se reflejan en la región, comenzando por el eco veneciano de Ayna Bru hasta los hermanos Tramulles. Aquí, en el barroquismo catalán, encontramos a los pintores de flores Lacoma Fontanet, Molet, los Planells, etc. Antonio Viladomat ocupa destacado lugar bien justamente, pues fué en este artista en donde, a nuestro juicio, se refugió la libertad y tradición del taller español cuando el afrancesamiento borbónico y el imperio de la Academia fueron borrando los ecos magníficos de Carreño y de los componentes de la escuela de Madrid; Viladomat representa el vigor español tanto en la concepción como en las atrevidas realizaciones, bien lejanas, del academicismo borbónico, que habría de imperar desde la llegada de Felipe V.

Son luego Jola y Lorenzale, en la etapa que comienza «nazarenista» se hace acusadamente romántica, hasta llegar a la época actual. Y aquí, ¡qué de nombres!, encontramos capitales en la historia de la pintura española. Desde Fortuny, que se exhibe con la archifamosa *Vicaría,* hasta Nonell, el maestro de Picasso, y la serie de firmas que se pueden centrar en los de Martí Alsina, Rusiñol, Casas, etc., sin olvidar antes la escuela de Olot y el apellido de Vayreda. Y son luego Serra, Sisquella, Pedro Pruna y Dalí los que centran ese mando catalán en la pintura hasta llegar a los abstractos de nuestra hora, cuyo corifeo es, sin duda, Tapies.

La exposición es una felicísima muestra lograda con el mejor tino, instalada con la mejor fortuna —y aquí el nombre de Consuelo Sanz Pastor y Ainaud resumen muchos— y que bien sirve para inaugurar un ciclo que pondrá al alcance de todos la pintura española repartida en las provincias, en una misión que honra a la Dirección General de Bellas Artes, buena cumplidora de una política artística.—MANUEL SÁNCHEZ-CAMARGO.

DISQUISICIONES

«Dad a Dios lo que es de Dios, y al César...»

Desde que se nace, si tal acontecimiento acaece en el seno de una familia católica o cuando menos cristiana, el ser humano, en este caso el niño, desde los primeros balbuceos, oye hablar de un Ser omnipotente, todopoderoso y divino que recibe el nombre de Dios. Aquella palabra, para el niño, le mueve a sentir una mezcla de respeto y cariño que imprime a su primera oración que escapa de sus labios dirigida al Dios que los mayores le han mostrado como el cúmulo de todas las bondades y el conjunto de las gracias. En aquel instante se quiere a Dios con toda intensidad, a pesar de la inconsciencia de la edad que influye en la consideración que tiene de los conceptos que se han aprendido a tener en cuenta. Es el amor puro, fruto de una pureza total de cuerpo y alma. Es el amor del alma, que juega un papel importante porque aún no necesita luchar con ningún enemigo que atente contra su integridad y, por tanto, no afecta a su capacidad de amar y dirigir.

Este es el primer paso del católico hacia Dios, un paso que se da con el símbolo de la conciencia exento de resquemores, tentaciones y lazos que sometan el cuerpo a la esclavitud del mundo. Quizá por esta causa no interese plantear un tema de discusión dirigida a este primer paso, porque debido precisamente a su simplicidad carece de ella.

Sin embargo, cuando el niño deja de serlo para convertirse en hombre, es cuando empieza realmente a plantearse el problema, que merece se le conceda una atención firme que permita convencerse de la real importancia de la cuestión.

Indiscutiblemente que el hombre, el católico, se enfrenta con dos problemas que, definidos, podrían citarse como ejemplo sinonímico de estar entre la espada y la pared. De una parte el amor, la obediencia, el deber de mantenerse equilibradamente en el camino que Dios desea se mantengan sus hijos en la tierra. De otra, la misma tierra ofreciendo una y otra vez una serie de placeres, de incentivos con los que el hombre convive y a los que no puede ignorar porque forman parte de su existencia cotidiana. El cuerpo forma parte del mundo y es, por tanto, materia fácil a la seducción de estos placeres e incentivos que el mismo mundo ofrece; pero esto no representa, ni muchísimo menos, una excusa con la cual pueda quedar relegada la responsabilidad del hombre ante el futuro.

El mundo es una prueba que Dios pone en el camino del hombre. Es una prueba de resistencia, en la que el cansancio y la fatiga no

cuentan, como tampoco pueden contar la debilidad y el relajamiento. El corredor, cuando salta las vallas, deja tras de sí, uno a uno, los obstáculos que le entorpecen el paso; piensa en la victoria que le proporcionará el llegar a la meta sin haber derribado ninguno, sorteándolos con el esfuerzo de sus piernas y la habilidad de sus músculos, íntimamente relacionados con la inteligencia. El esfuerzo le mueve su pundonor en conquistar la victoria. Pues el hombre en la tierra, como ser «humano», no es más que un corredor de obstáculos movido por la ambición de sortearlos hasta llegar al alcance de la victoria, que es Dios. El débil no puede competir. Su cansancio le mueve al abandono y, por tanto, a la retirada y a la pérdida de la ambición.

¿Es lícita la pérdida de la ambición religiosa? Para el católico, no. El católico, al adjudicarse tal calificativo, se aviene al cumplimiento de unas leyes cuyo primer mandato es amar a Dios no en simples y vanas demostraciones exteriores, que pueden rebasar los límites del disimulo y caer en las redes de la hipocresía, sino de una forma verdadera y plena de sinceridad. Sinceridad. He aquí quizá uno de los principales puntos que resultan íntimamente interesantes de remarcar hoy por hoy.

Sinceridad es sinónimo de verdad y fortaleza. Dios no pretende que el hombre fuerte que sabe lo es lo anuncie una y otra vez con jactancia. Quiere silencio, recogimiento y humildad, sin por ello caer en un misticismo que el hombre, como individuo humano y en pleno contacto con la vida, a ninguna parte le conduce. Pretende, eso sí, que el débil adquiera la fuerza necesaria para vencer y que luche por el logro de esta firmeza de espíritu. Que adquiera alientos suficientes con los cuales prestarse a la lucha definitiva. ¿Dónde hallar estos alientos? En El.

¡Hombre débil, frío de corazón, busca a tu Dios, háblale, pídele, suplícale sinceramente que te ayude a encontrarlo! Entra en la iglesia, llena o solitaria, arrodíllate a los pies del altar, fija tu mirada en el Sagrario, hunde la cabeza en tu pecho y ruega. Sé sincero con El, recuerda su cuerpo y su sangre, olvida el mundo por unos instantes y con toda tu alma, con la sinceridad del que busca la protección que ansía, repite: «¡Dios mío, ayúdame a tener fe!» Con sencillez, ofreciendo todo tu amor, buscando la verdad de ti mismo en Aquel que te espera con los brazos abiertos y el corazón henchido de gozo. ¡Dios mío, ayudame!

Pagar el tributo al mundo debe hacerse con lo que es propiamente del mundo, pero dad a Dios lo que sea de Dios sin regatearle esfuerzo ni sacrificio. ¿Por qué negar a Dios lo que exige de nosotros y, sin embargo, al César no negarle nada? El César (el mundo) exige una

dedicación total a cambio de satisfacer al cuerpo mediante placeres que, satisfechos, son olvidados y exigen en sucesivas ocasiones mayores tributos. Vanidad, ambición material, lujuria, son placeres que el hombre se empeña en considerar de primer orden y a los cuales observa una dedicación que a menudo cae en el más absurdo ateísmo.

Aquella inocencia que en la niñez hacía pronunciar el nombre de Dios con respeto y veneración no debe ser olvidada. ¿Qué gana el hombre perdiendo su inocencia? ¿Es acaso más varonil rechazar a su Dios, pervertir su cuerpo y rodear de frialdad el corazón? La vida no puede pervertir ni los años tampoco, cuando alienta el firme propósito de no dejar que ninguna influencia penetre con verdadera raigambre en uno mismo. La inocencia a un gran número de seres les causa risa, pero no saben que lo que no sea inocencia y sí todo lo contrario promueve tristeza.

No es óbice el mundo y sus tentaciones para que la integridad espiritual se mantenga en el mismo grado de volumen que si tales tentaciones no existieran. El mundo y Dios, creo que por poco que se esfuercen la mente y el corazón, ocupan dos lugares perfectamente delimitados en el hombre. No puede haber engaño porque este mismo hombre, hoy frío, alejado, asentado en la cómoda posición de situarse como mero espectador de todo cuanto no despierta su interés, y que una vez de niño conoció el verdadero significado de Dios, cite al mundo como causa de su frialdad religiosa. Este hombre —símbolo de muchos— no debía, bajo ningún concepto, haber olvidado su inocencia de antaño, si bien hubiera podido acrecentarla en un mayor acercamiento a Dios, sin dejar por ello de ser humano y ocupar un puesto en la tierra.

Sigue en su mano el conseguirlo.—Roberto Saladrigas Riera.